

CARLOTA

No hay inconveniente. Le alarga la mano. ¿Amigos?

RICARDO

¡Ya lo creo!

CARLOTA

Pues entonces, mientras sacan la sopa Mira a su relojito de pulsera. que falta un cuarto de hora, me vas a ayudar, ¿quieres? Coge la mesa por ese lado; así. Cogen la mesa cada uno de un extremo. La vamos a poner junto al balcón, porque es inverosímil que una mesa para trabajar esté en el rincón más oscuro del cuarto. Al levantar la mesa. ¡Jesús, cuánta pelusa! Habrá que barrer en cuanto comamos.

RICARDO

Sin soltar la mesa. ¿Pero quiere usted arreglar la casa?

CARLOTA

Claro.

RICARDO

No podrá usted.

CARLOTA

¿Por qué no?

RICARDO

Porque no tiene arreglo.

CARLOTA

¡Ja, ja, ja! ¡Ave María!

RICARDO

Sí, sí, riase usted. ¿Usted la ha recorrido ya toda?

CARLOTA

Casi, casi.

RICARDO

¿Y ha encontrado usted en ella un solo rincón donde le dé a usted gana de sentarse a pensar en sus cosas? ¿No le parece a usted que en todas partes está uno a la intemperie? Yo, la verdad, a gusto, lo que se dice a gusto, no estoy más que de noche, que me acuesto y meto la cabeza debajo de la sábana.

CARLOTA

¡Ja, ja, ja!

RICARDO

¡Se ríe usted de mí!

CARLOTA

No, por cierto. Descuelga los visillos, que están sucios; abre el balcón para que salga el polvo que hemos levantado... Voy a buscar una rodilla. Coge los paquetes y la mantilla. De paso me llevaré todo esto. Vuelvo a escapar.

RICARDO

Mirándola salir. ¡Será posible que haya entrado en casa una mujer que ponga las cosas en su sitio! Empieza á quitar los visillos.

TELON

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primero; pero todos los muebles están en orden y esmeradamente limpios; en los balcones hay cortinas de cretona blanca con cenefas de flores; visillos blancos en varillas doradas; una alfombrita, también de fondo claro con dibujo de rosas, delante del sofá; en la mesa, los libros y papeles en orden, y un jarro de cristal con agua muy clara y un manojo de rosas muy grandes; en el balcón, jaula dorada con canario.

Están en escena DOÑA GENOVEVA, LAURA, GLORIA y RICARDO. DOÑA GENOVEVA y GLORIA, muy acaloradas, discuten con RICARDO, que se acalora también un poco. LAURA, sentada en un sillón, calla con un aire que quiere parecer enigmático.

GENOVEVA

¡Sí, hijo, defiéndela, defiéndela!

RICARDO

No la defiendo; la compadezco.

GLORIA

Se comprende, ¡como es tan desdichada!

GENOVEVA

Pues no sé qué le va á pedir á la vida. ¿Cuándo se iba ella á imaginar, ¡ni en sueños!, la suerte que